

EL BAÚL DE MÚSICA

por Alessandro Pierozzi

Una idea llamada "Souvenir de Italia" (y III)

El viaje por Italia llega a su fin. El baúl, descolorido por ciertas inclemencias y con las costuras algo chirriantes, necesita una pausa, como si su alma aventurera quisiera encontrar nuevos acomodos.

Nuestros admirados genios seguirán distribuyendo felicidad, convenciéndonos que sigamos viajando a través de la imaginación de sus pentagramas y la bondad de sus notas, creadas desde la inspiración y el ensamblaje con otras culturas como la italiana. Con solo 21 años, Richard Strauss entró en Mannheim como ayudante de dirección de Hans von Bülow, del que aprendió prácticamente todo. Al marcharse el maestro, Strauss fue designado director, aunque pronto los vientos de la corte de Baviera le llamaron con fuerza para hacerse cargo del espectro musical. Antes decidió realizar un viaje a través de las principales ciudades de Italia, desde Bolonia, donde escuchará la *Aida* de Verdi, hasta Nápoles, pasando por Verona, Florencia o Roma. Ciertamente es que no quedará prendado de la música italiana, sobre todo tras ver una representación del *Barbiere di Siviglia* de Rossini, pero también es cierto que quedará fascinado por la tradición clásica de la antigua Roma. Allí encontrará, en las ruinas del Foro, la inspiración necesaria para elaborar el boceto de una fantasía sinfónica, *Aus Italien Op.16*, que terminará tras su vuelta a Munich.

Esta partitura marcará "el punto de transición entre mis dos modos compositivos, entre el vigor, el verbo popular o las evocaciones y el rigor de la forma, del Clasicismo". La obra se estrenó el 2 de marzo de 1887, afirmando el propio autor que "ahora me reconforta saber que he entrado por el camino que deseo recorrer, con cabal conciencia...". En la misma línea se expresa el escritor francés Romain Rolland, confirmando que "la nostalgia de la luz italiana, de la que se ha enamorado, ha penetrado en su música y muestra la contradicción entre esa alma atormentada de la profunda Alemania y la aspiración a ese color, a ese ritmo, a esa alegría mediterránea, del Mediodía".

El caso de Sergei Rachmaninov con Italia es como una historia de amor y odio, un sí, pero no. Son tres los viajes que realizó a un país cuyo ambiente no casaba demasiado con el carácter y las tradiciones del ruso. En el primero, que le vio en Varazze (Liguria) en 1900 (tras la depresión causada por el fracaso del estreno de su *Primera Sinfonía*), mostró cierta disconformidad por el desorden y el ruido de los italianos, así como por el incesante calor. No sabemos si fueron los "incómodos" aires italianos o la inspiración "divina", pero fue aquí donde su mente comenzó a "fabricar" su celeberrimo *Segundo Concierto*, cuyos dos últimos movimientos compuso tras su retorno a Rusia.

Su segunda visita transcurrió entre 1905 y 1906. El músico puso rumbo a Florencia donde se alojó en la pensión de la señora Lucchesi y en la que pudo trabajar en las partituras de *Francesca da Rimini* y *El caballero mísero*, gracias a un piano que había en el sótano. En la ciudad toscana estuvo encantado con el arte, los paisajes, los parques... Pero todo se volvió a torcer cuando toda la familia decidió viajar a Marina di Pisa, donde habían alquilado una casita junto al mar y donde su mujer y una de sus hijas enfermaron con altas fiebres, sin conseguir que los médicos italianos le ofrecieran, al maestro, las máximas garantías.

De nuevo la "maldición italiana" obligó a abandonar precipitadamente el país. Una última estancia, esta vez en Roma, se produciría en 1913, en un pequeño apartamento de la Plaza de España en el que ya había habitado Tchaikovsky anteriormente y donde



Rachmaninov hacia 1900, cuando realizó su primer viaje a Italia y comenzó la composición de su *Concierto para piano n. 2*.

le llegó la propuesta de ponerle música al poema de Edgar Allan Poe, *Las campanas*, su Op. 35.

Los músicos españoles también vivieron momentos de idilio en el país transalpino: Vicente Martín y Soler, Manuel García o Emilio Arrieta, entre otros. Este último realizó parte de su formación en Milán. Allí estuvo 6 años. Y ¿cómo llegó? Tras un tortuoso viaje en barco de Barcelona a Génova que se alargó hasta 66 días, Milán le recibió con La Scala, teatro fundado en 1778 y un importante conservatorio creado en 1808, llamado más tarde "Giuseppe Verdi". Arrieta ingresó allí en 1842 haciéndose llamar Juan Arrieta, en homenaje a *Don Giovanni*, y confesando tener menos edad de la que en verdad tenía. Consiguió su acceso gracias al Conde Giulio Litta, Vizconde de Arese, quien le ayudó económicamente, y a los profesores Perelli y Mandanici. Allí coincidió con Nicola Vaccaj, compositor italiano y maestro de canto que en ese momento dirigía el centro y que había sido discípulo de Giovanni Paisiello, el compositor napolitano, autor de más de cien óperas.

El ambiente de Milán y del Conservatorio era extraordinario: Antonio Cagnoni o Amilcare Ponchielli, famoso autor de la ópera *La Gioconda* fueron algunos de sus compañeros. Su estancia finalizó con el premio de Maestro de composición de la Scala gracias a su ópera *Ildegonda* (1845), con libreto de Temistocle Solera, quien había escrito los libretos de *Nabucco*, *Attila* o *I Lombardi*. Podríamos alargar el viaje con Elgar, Mendelssohn, Bizet, Massenet, pero... les deseo ¡buona vita, buona música, buona fortuna!

"Emilio Arrieta ingresó en el Conservatorio de Milán en 1842, haciéndose llamar Juan Arrieta, en homenaje a *Don Giovanni*, confesando tener menos edad de la que en verdad tenía"

Alessandro Pierozzi en [@biblioalex70](https://twitter.com/biblioalex70)

<https://alessandropierozzi.com>